

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NÚM 100

40 Cents.

16 ENERO
1927



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PÚBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



**PROGRAMA
PARA HOY
LA TIENDA
DEL VIEJO
BARSANT**

Sensacional

GRAN CINE



ADDY O'Darrell, el joven detective, hallábase una noche sentado en su oficina reflexionando profundamente sobre dos casos en que últimamente estaba empeñado, y en los cuales había fracasado.

Los dos eran de robos de joyas, y en ambos se estrellaba la pista al llegar a cierto punto, sin conseguir encontrar pruebas suficientes para acusar a los ladrones.

Como Paddy O'Darrell no solía fracasar en sus empresas, dolíale ahora en extremo tener que confesar su derrota. Así, pues, mientras Bob estaba de paseo con *Trailer*, entregábase él, por completo, a meditar sobre estos dos asuntos. Y lo sacó de su meditación una tímida llamada a la puerta de la calle. Levantóse a abrir y contempló ante sí a un individuo viejo, de rostro flaco y con un gabán oscuro al brazo. Aunque muy aseado, iba pobremente vestido, y en lugar de cuello y corbata, llevaba una bufanda.

—¿Qué deseaba usted? —preguntó Paddy sonriendo.

—Usted perdone que venga a molestarle, caballero; pero como es usted detective, desearía hablar con usted de un asunto muy importante, al menos para mí.

—Pase para adentro. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Ted Barry y soy sereno de profesión —respondió el recién venido, siguiendo a Paddy a la sala de consultas—. Espero que me perdonará usted la libertad que me tomo en venir a verle.

—No se preocupe usted. Siéntese y dígame lo que le sucede.

El sereno extendió el brazo, del cual traía colgado el abrigo.

—Se trata de esto, Mr. O'Darrell. Verá usted; como se acerca el invierno y yo trabajo de noche, pensé en comprarme un abrigo. Adquirí éste, de segunda mano, en una tienda de ropas usadas.

Al salir de la tienda con él, me lo puse así —y el sereno se metió el abrigo, que, por cierto, le quedaba muy bien—. Luego metí las manos en los bolsillos y mis dedos tropezaron con un objeto; lo saco y me encuentro... ¡con esto! —y mostró un trozo de paño negro con una tira de goma que unía los dos extremos; el paño aquel tenía dos agujeros.

—¡Es una careta! —exclamó Paddy—. Tal vez el dueño de este abrigo asistió a algún baile de máscaras y se dejó la careta olvidada en el bolsillo.

—Bien pudiera ser eso, si, señor; no se me había ocurrido. Pero espere usted un momento, porque en el bolsillo encontré otra cosa más... Aquí está.

Y el sereno sacó un objeto pequeño y brillante, un pendentif de forma muy original, engarzado en brillantes de los más finos y claros y rodeado de rubíes y esmeraldas.

Paddy abrió los ojos asombrado, pues aquel pendentif era una de las joyas robadas en el último de los robos que tanto le desconcertaban. El detective lo reconoció inmediatamente por la forma y la colocación de las piedras, pues poseía de él una detallada descripción.

—Este descubrimiento es muy interesante, Mr. Barry —dijo Paddy, al fin—. ¿Y por qué no ha llevado usted estos objetos a la policía?

—Los llevaré si usted lo cree prudente; pero antes he querido verle a usted para que me aconseje, recordando que usted había descubierto una vez un robo en un almacén del muelle cuando yo estaba allí de sereno.

—Déjemelo usted a mí, y lo mismo el abrigo, y a cambio de él le daré yo otro. ¿Dónde lo compró usted?

—En una tienda que hay en aquella calle de junto al río..., que tiene encima del escaparate un letrero con el nombre de J. Barsant. Barsant es un viejo con una cara muy larga.

Esta fue la sorpresa número dos para Paddy, porque, precisamente, la tienda de Barsant era donde se estrellaba la pista de los dos robos, y él siempre sospechaba que Barsant recibía los objetos robados. ¿Lo probaría ahora aquel abrigo negro?

—Por si esta alhaja es robada, Mr. Barry, haré algunas pesquisas antes de devolverla, y como seguramente darán una recompensa al que la entregue, esa recompensa la recibirá usted; déjeme, pues, su dirección.

A Barry le agradó mucho la promesa de recibir algún premio por la devolución de la joya, y después escogió, muy satisfecho, un abrigo del ropero de Paddy, comentando con una sonrisa mientras se lo ponía:

—La verdad es que he hecho un buen cambio, Mr. O'Darrell; como que no debía llevarme este tan bueno.

—Hombre, bien lo merece usted por los informes que me ha procurado. Déjeme escrito su nombre y dirección en este bloque y no tardará usted en recibir aviso mío.

El sereno escribió su dirección y Paddy le acompañó hasta la puerta; luego, sin pérdida de tiempo, púsose abrigo y sombrero, y con el otro abrigo al brazo, se apresuró a ir a la tienda de viejo.

La tienda componía parte de un edificio ruinoso, con una ventana de arco y una puerta de cristales; pero había tantísimos vestidos y diferentes prendas colgadas de la ventana y sobre la puerta, que desde fuera era imposible ver nada del interior, y únicamente se percibía una débil luz.

O'Darrell empujó la puerta, que al abrirse hizo sonar un timbre en el fondo de la tienda. Dentro había un olor especial a rancio y todo alrededor colgaban mil variedades de trajes viejos. A un lado estaba el mostrador; pero la luz que lo iluminaba era tan mortecina, que nada de lo que había allí se percibía claramente.

De una puerta que daba a la trastienda surgió un viejo de barba con una levita larga y negra: era el propio Ikey Barsant.

—¿Qué desea usted, caballero?

Paddy levantó el abrigo en alto y respondió:

—¿Recuerda usted la venta de este abrigo?

—¿Qué le pasa a este abrigo? Yo no se lo he vendido a usted.

—No; pero deseo saber cómo lo ha adquirido usted.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? —repuso Barsant—. Yo se lo compré, hace ya mucho tiempo, a un señor.

—Miente usted. Este abrigo lo ha usado anteanoche una persona, y quiero saber quién ha sido esa persona.

—Se equivoca usted —contestó Barsant con malos modos.

Paddy insistió:

—En el bolsillo de este abrigo se ha encontrado un pendentif robado en casa de lady Heldon anteanoche. El ladrón llevaba puesto este abrigo, y supongo que al vaciar los bolsillos se olvidaría del pendentif.

Barsant se restregaba las manos nerviosamente.

—Espere usted, espere usted; ahora recuerdo. Déjeme que lo piense... —y al decir así apoyó la mano contra la esquina del mostrador. Paddy oyó un ¡clac!, vió brillar los ojos del tendero e instantáneamente se abrió el suelo, y el detective desapareció como por escotillón.

Pero aun cuando Barsant prorrumpió en una carcajada de triunfo, Paddy estiró las manos, le cogió por los tobillos, arrastrándole consigo al caer.

Aparece Bob.

Ambos cayeron al sótano, que estaba en completa oscuridad. Ikey daba puntapiés y clavaba la unas a Paddy como un gato salvaje; pero en punto a fuerza no podía competir con él. El temor de Paddy era que hubiese alguien más en la casa que pudiera venir en auxilio de Barsant; pero como pasó tiempo y no acudió nadie, convenciéndose de que estaban solos.

—¡Hum! ¡El viejo ese debe de haberse roto la cabeza contra algo!

Luego miró para arriba y vió que la trampa había basculado de nuevo, quedando como antes. Encendió la lámpara eléctrica; estaba en un sótano que tenía a un lado una escalera hacia arriba. Rápidamente quitó al viejo la levita y des-



pués le ató con un cordel que llevaba en el bolsillo; amordazóle también y subió por las escaleras que conducían directamente a la trastienda. Allí el detective puso ma-

nos a la obra. Sacó una caja que a prevención llevaba en el bolsillo del abrigo, la cual contenía variedad de disfraces; escogió entre ellos una barba larga; se caracterizó con pintura, ayudándose de un espejo que la misma caja tenía; enfundóse en la levita, la cual abotonó hasta la barba, y entró en la tienda con la espalda encorvada.

A la luz mortecina del alumbrado estaba exactamente igual que Ikey Barsant, y sin tener apenas tiempo para mirarse al espejo, sonó el timbre indicando que alguien entraba en la tienda.

Paddy atisbó por uno de los cristales sucios de la trastienda y vió un hombre grueso vestido muy elegantemente, con un sombrero de fieltro de seda de anchas alas. Una risa silenciosa le acometió, pues reconoció en él a un ladrón conocido por el nombre de Barney Dukes, a quien había tenido el gusto de detener en una ocasión. El ladrón llamó impaciente en el mostrador y Paddy penetró con lentitud en la tienda, con la cabeza muy inclinada hacia abajo, e imitando perfectamente la voz del tendero, preguntó:

—¿Qué es lo que usted desea?

—¡Como si no lo supiera usted ya! —exclamó Barney un poco incomodado—. Vengo a tratar de lo que usted me dió por el botín de Heldon. Usted dijo que todo ello no valía ni mil libras y ahora los periódicos lo tasan en veinte mil. ¡Estoy dispuesto a romperle a usted la cabeza, canalla!

Y para confirmar estas palabras, Barney agarró lo que él creía que era la barba de Ikey y le dió un fuerte tirón. La barba se quedó en las manos de Barney, que retrocedió asustado.

—¡O'Darrell! ¡El policía! ¡Cooper, aquí en seguida! —gritó.

Paddy se enzarzó en una lucha con el ladrón, hasta que le derribó al suelo; pero no sintió entrar silenciosamente en la tienda al cómplice de Barney, y sólo se dió cuenta al recibir un golpe en la cabeza que le dejó sin sentido.

—¡Vaya una sorpresa! ¡Quién contaba con esto! ¡O'Darrell aquí en lugar de Ikey! —gimió Barney.

—¿Nos habrá vendido Ikey? —preguntó Cooper bruscamente.

—No; O'Darrell siempre trabaja solo. Y gracias a que yo le tiré de la barba; pero vamos a meterle pronto en el sótano, no sea que llegue alguien.

Ataron a Paddy con un pedazo de cuerda que encontraron en un rincón, y cuando le arrastraban por las escaleras, el detective volvió en sí; pero creyó prudente seguir fingiendo que estaba desmayado, y ni aun al tirarlo en el suelo de piedra exhaló una queja.

Barney encendió una cerilla, y al ver a Barsant allí tendido echáronse a reír los dos cómplices a carcajadas, comprendiendo entonces cómo había sido cogido. Quitáronle la mordaza y escucharon su relato.

—¡Quitadme estas cuerdas, por favor! —gritaba—. ¡Y yo os diré cómo vamos a quitar del medio a ese intruso O'Darrell!

—¡No cuentes con ello, avaro miserable! —respondió Barney—. Ven acá, Cooper; vamos a buscar el dinero de este viejo, que lo tiene a montones. Ahora nos ha llegado el turno a nosotros.

No tardaron en encontrar lo que buscaban debajo de un montón de basuras que echaron a un lado; sacaron un saco de

cuero, y al verlo se pusieron tan contentos que empezaron a darse mutuamente palmadas de alegría en el hombro.

—Ahora ya seremos ricos para toda la vida, Ikey —exclamó Barney.

Subieron las escaleras, llevándose el saco, y Paddy los sintió atravesar la tienda y salir a la calle.

Un olor a humo llegó a sus narices, y al mirar a su alrededor vió una espiral de fuego ascender de entre las barreduras; la cerilla arrojada por Cooper había prendido fuego intencionada o casualmente.

Atacado de un pánico horrible, Barsant empezó a gritar; pánico justificado porque el edificio era muy viejo y ardería como yesca; además las barreduras estaban precisamente debajo de las escaleras.

Paddy luchaba por libertarse de la cuerda, pero inútilmente; de pronto sintió pasos y hasta él llegó el ladrido de un perro.

—¡Trailer! ¡Bob! —grito con toda su fuerza.

—¿Dónde se halla usted, jefe? —respondió la voz de su ayudante.

—¡En el sótano! ¡Pronto! ¡Ven!

Sintióse una carrera, y Bob, con una vela en la mano, bajó las escaleras tosiendo y medio ahogándose. Al ver a Paddy y el peligro del fuego, despojóse del abrigo y lo echó sobre las barreduras, pisando después encima de ellas hasta extinguir todo vestigio de llamas.

Nadie habló mientras Paddy no estuvo libre de las ligaduras; entonces fué él quien preguntó:

—¿Cómo has llegado tan pronto?

—Porque Trailer le siguió a usted la pista desde la oficina.

¿Y qué hay que hacer ahora?

—Pues continuar la pista.

Barsant se apresuró a decirles:

—¡Cojan ustedes a esos bribones y les daré la mitad de lo que me han robado!

—Eso de que les cojamos no es de su incumbencia; usted se quedará aquí hasta que la policía venga a buscarle —repuso Paddy, severamente.

—¡Vamos, Bob! ¡Aquí, Trailer! Hay que perseguir a esos dos individuos, con los cuales he tenido yo unas palabras. El sombrero de uno de ellos cayó debajo del mostrador en la refriega. Si está allí todavía, pronto estaremos sobre la pista.

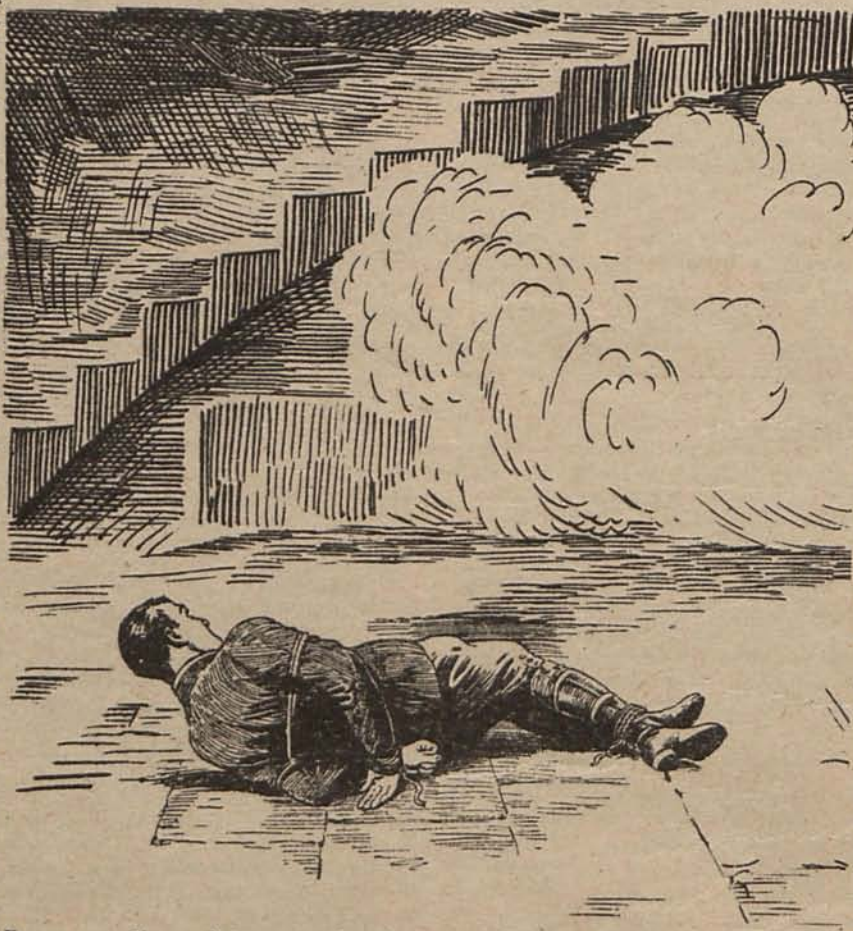
Subieron corriendo, y debajo del mostrador estaba el sombrero de Barney que le dieron a oler a Trailer; el perro salió corriendo por la calle abajo; guióles hasta un embarcadero viejo que había al lado del río, y allí vieron a Barney y a Cooper que estaban metiéndose en una barca. Al ver a los detectives apresuráronse a remar; pero Paddy saltó desde el muelle hasta el bote, haciéndole casi volcar con la sacudida. No tuvieron más remedio que virar; siguió una corta lucha, en la que Trailer se echó sobre Cooper, mientras entre Paddy y Bob se apoderaban del otro y le maniataban.

Dentro del bote encontraron el saco que más tarde se demostró contenía entre otros muchos objetos robados, los de la casa de Lady Heldon.

La policía tuvo una verdadera satisfacción al recibir a los ladrones, así como a Barsant, que confesó ser un encubridor que guardaba los objetos procedentes de los robos.

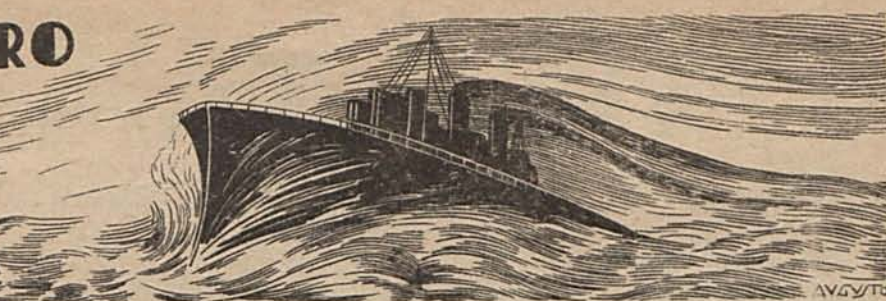
Barry, el sereno, recibió una buena recompensa, resultándole, por lo tanto, el abrigo un buen negocio.

¡¡HA TERMINADO!!



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

M

¿Conocéis? —balbució el desdichado, observando con ansia a Mop que tomaba del armario una redomita y se acercaba a miss Ellen.

—¡Por Baco que si os conozco! —respondió el ex ladrón mientras vertía unas gotas del contenido entre los labios de la muchacha—. He aquí un licor que hace prodigios. Se llama... agua de la Conchinchina; no soy capaz de entender una palabra de su diabólica lengua.

Mas el capitán Jaime Davy y Patrick no escuchaban ya al locuaz jovencillo, observando a miss Ellen, que parecía volver de muerta a viva.

Sus ojos, hasta entonces cerrados, volvieron a abrirse, reanimadas sus pupilas por un brillo consolador; las mejillas tomaban un color vivo y todo el cuerpo se agitaba levemente con movimientos de bienestar.

En aquel momento entró en el camarote, con aire solemne y grave, *Black*.

El valiente alano, después de haber esperado un tiempo prudencial a que alguien se ocupara de él, visto que tal probabilidad se esfumaba, se había resuelto, durante la escena ya descrita, aprovechándose de que la puerta había quedado abierta, a escabullirse, había buscado y encontrado el camino de la cocina, donde el cocinero de a bordo, una joya de cocinero sin duda, le había proporcionado una buena comida: sopa y huesos abundantes, que en su memoria no tenía antecedente. Pero entendámonos: el aire grave y solemne de *Black* no provenía más que del atracón que se había dado, que le impedía caminar con más soltura.

¡Pobre *Black*! Después de todo se lo merecía.

Acercóse a su ama moviendo la cola alegremente, y al verla con sus inteligentes y bondadosos ojos mejorar y fortalecerse poco a poco, entregóse a una alegría un tanto bulliciosa, confundiendo en una misma manifestación de sus sentimientos a miss Ellen y Mop, al capitán Davy y Patrick.

Tal esfuerzo generoso fué ciertamente superior a sus fuerzas, pues se calmó en seguida, con el aspecto de quien ha hecho demasiado honor a mesa bien provista, y fué a acurrucarse en un rincón, buscando en el sueño su remedio.

Entretanto, Ellen se aventuraba a sentarse y estrechar la mano a su padre, que lloraba de alegría, y a sonreír a Patrick y a Mop.

—¿Os sentís mejor, miss? —preguntóle el ex ladrón.

—Sí.

—¿Tomaríais un poco de caldo?

—Sí.

—¿Y un ala de pollo?

—Sí.

—¡Vive Dios! —exclamó Mop, precipitándose hacia la salida y llamando a un marinero—. Este es un vocabulario en que no existe la palabra no.

Y volviéndose al marinero que había acudido a su llamamiento añadió:

—Id a la cocina y mandad traer acá lo que haya dispuesto para poderse comer, incluso una taza de caldo y un pollo.

—Eh, capitán Davy, y vos, joven, ¿tenéis hambre?

Patrick se limitó a enseñarle la correa de los pantalones, corrida hasta el último agujero y colgando un buen pedazo del extremo.

—Comprendido —dijo riendo el ex ladrón—; este quiere ración doble.

Poco después, mientras el tunante de *Black* dormía como un lirón, miss Ellen, su padre y el marinero irlandés, sentados ante un cúmulo de viandas humeantes y una batería de botellas, no pensaban más que en calmar las exigencias del estómago, bajo la vigilante mirada de Mop, que hacía admirablemente los honores de la casa.

Mis Ellen, como es de suponer, comió poco, y fué presa inmediatamente de un profundísimo sueño.

Entonces Mop ordenó a dos marineros que la transportasen con todo cuidado a otro camarote.

El capitán Davy púsose inmediatamente de pie, en actitud de seguirla.

—¿Dónde vais? —preguntóle el ex ladrón cogiéndole de un brazo y obligándole a sentarse de nuevo.

—Dejadme...

—No.

—Quiero seguir a mi hija.

—No podéis.

—¿Por qué?

—Porque debéis de permanecer aquí.

—¿Y si yo quisiera salir?

—Se os impediría.

—¿Por quién, me hacéis el favor?

—Por todos; por mí el primero.

—¿Pero vos quién sois?

Mop miró al capitán Davy con una extraña sonrisa.

—¿Quién soy? —respondió—. Soy uno que hasta ahora ha hecho todo lo posible por salvar a vuestra hija de la ira excesiva, pero no injusta, de un hombre al cual todos nosotros obedecemos con la devoción que produce el fanatismo: Tened la seguridad de que vuestra hija no corre ningún peligro. Por cuanto todo lo sucedido os podría hacer creer que habíais caído en una guarida de piratas, de hombres sin Dios y sin misericordia, desengañaos. El equipo de esta nave lo componen por entero hombres excelentes. No es preciso, sin embargo, creer que sean unos santos. Yo, por ejemplo, he sido ladrón hasta hace pocos años. Podría indicaros algún otro de los que se hallan aquí a bordo culpable de haberse vengado con un par de cuchilladas de una gravísima ofensa recibida, o de haber desertado, como buen *Paddy*, de la bandera inglesa, prefiriendo al servicio militar bajo John Bull un poco de piratería. Mirad, aquí no hay más que irlandeses; el único inglés auténtico soy yo. Pero yo soy un buen muchacho y tengo demasiadas cuentas que arreglar con la justicia de mister John Bull para encontrarme a disgusto donde estoy, especialmente desde el incendio de la cárcel de Liverpool.

El capitán Davy dió un salto y miró a la cara de Mop.

—¿Vos habéis huido del penitenciario de Liverpool? —preguntó.

—Justamente.

—¿La noche del famoso incendio?

—Sí.

—¿Estaba alguien en vuestra compañía?

—Un joven..., un caballero.

—Ah, ¿recordáis su nombre?

—Ya lo creo; Alberto Wendover. ¿Le conocéis?

Al pronunciar estas últimas palabras, el ex ladrón sonrió con ironía.

El capitán Davy inclinó la cabeza, mas no pronunció palabra, sumiéndose en una profunda meditación, mientras Patrick continuaba devorando las apetitosas viandas.

El infeliz marinero, guiado por su instinto, se había momentáneamente olvidado de todo para ocuparse exclusivamente de su estómago.

De pronto, Jaime Davy volvióse de nuevo hacia Mop.

—Hace poco —dijo— habéis afirmado conocerme, ¿es cierto?

—Completamente.

—¿Pero cómo; dónde me habéis conocido?

—Es un secreto que no puedo revelaros.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Así es que sabéis quién soy?...

—No sólo eso, sino que podría, además, referiros toda vuestra vida.

—¡Oh!

—Os lo aseguro.

—¿Y si yo os sometiese a una prueba?

—No haríais cosa mejor.

—Entonces, de acuerdo.

—Os daré gusto; pero con una condición.

—Hablad.

—Que vos me expliquéis cómo es que os encontrábais en aquella balsa.

—Ah, luego ya mostráis vuestra ignorancia respecto de parte de mi existencia.

—Es verdad; pero es lo único.

(Continuará en el número próximo.)



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)



NADÁN salió con el rey; los dos juntos se fueron a buscar placeres para olvidar los remordimientos, las inquietudes, las torturas que en secreto agitaban sus almas, desatendiendo cada vez más sus deberes y la felicidad de Asiria.

Sin embargo, la muerte de Haicar había ocasionado una gran desolación en Ninive; había extendido por todas las provincias del imperio un duelo general. Las naciones vecinas se enteraron del caso; y en ninguna parte podían comprender que Sinharib se hubiera determinado a apagar la antorcha que iluminaba al Asia, cuyos fulgores eran el apoyo más sólido de su propio poderío. Sus enemigos triunfarán de él, y no buscan más que pretextos para invadir la Asiria.

Faraón, rey de Egipto, vió las circunstancias demasiado favorables para no aprovecharlas; un enviado suyo llegó casi sin escolta a Nivide y llevó para Sinharib la siguiente carta:

FARAÓN, SOBERANO DEL SOBERANO DE LOS RÍOS DE LA TIERRA, QUE LLENA LOS FONDOS DE LOS MARES CON EL INMENSO VOLUMEN DE LAS AGUAS QUE LES ENVÍA POR SIETE DESEMBOCADURAS: A SINHARIB, REY DE SIRIA:

Que el hombre que no sea instruido renuncie a mandar!

Nosotros queremos ennoblecer el yugo de la Humanidad, y hacer reinar nuestra sabiduría por toda la Tierra. Baja de tu trono y ven con todos tus grandes y tu pueblo delante de las cadenas que llevarán para vosotros los ejércitos con que yo cubriré las arenas de tu país: no esperes en el fondo de tu palacio la destrucción y la muerte. Puedes, no obstante, ponerte en el caso de tratar conmigo como un hermano, y he aquí mis condiciones.

Yo tengo cuestiones profundas que proponer; envíame un hombre que sea capaz de resolverlas. Harás construir para mí un palacio entre el cielo y la tierra y cuya techumbre no se apoye en nada; busco hombres superiores a mí para honrarlos.

Si tú puedes cumplir estas condiciones, te pagaré durante cuatro años las rentas de Egipto; pero si el hombre que tú me envíes es vencido, si falta a la menor cosa de lo que yo exija, espera tratos tanto más rigurosos cuanto más motivos tenga yo de queja, o por tu desobediencia o por tu presunción.

Sinharib, sorprendido por tan extraña carta, se la mostró a su visir Nadán, diciéndole:

—¿Cómo podré yo encontrar los medios de evitar la tempestad que amenaza mis estados? Convoca a todos los astrólogos, a los sabios de mi imperio; reúne con ellos a los arquitectos: que ellos nos digan si por algún encantamiento es posible edificar este palacio imaginario que Faraón exige de mí y si hay alguien que confíe en responder a las sutilezas que el rey de Egipto le proponga.

La convocatoria de una asamblea tan extraordinaria asombró a la gente; la carta de Faraón circuló por todo Ninive, y pronto llegó una copia a manos de Asfagni. Así que vino la noche, ella se dirigió, como de ordinario, a ver a Haicar, y le dió cuenta del asunto que excitaba todos los ánimos y del contenido de la carta. Haicar, después de haber leído atentamente, preguntó a su esposa qué efecto había causado en ella.

—Me parece —le contestó Asfagni— como una nube hinchada de viento que con poco se puede disipar. Si mi Haicar viviese para el resto del mundo, yo consideraría las profundidades del rey de Egipto como sueños, y ya tengo en la cabeza el plano del palacio que habría de construirle. Sin embargo, mejor quiero que nos haga la guerra con cartas como ésta que saber que sus ejércitos están en la frontera.

Mientras que los esposos, felices en las alegrías que se procuraban juntos, se entretenían tranquilamente ante las amenazas del rey de Egipto, en Ninive todo estaba en movimiento para formar el Consejo que debía contestar. Pasaba cualquiera por la calle con la cabeza baja, la mirada mustia, el aire pensativo, y los oficiales de Sinharib tiraban de la manga al meditando diciéndole:

—Date prisa; tú eres, sin duda, un sabio; te esperan en el Consejo.

Y esto se lo decían a gentes de todas clases; a menudo, a algunas que no eran las más a propósito.

El Consejo se terminó, al fin. Las gentes se habían ausentado para no ponerse en el caso de confesar su impotencia. El rey hacía leer a todos los despachos del rey de Egipto, después de lo cual todos contestaban unánimemente:

—¡Sólo Haicar podía llenar las condiciones de Faraón! Para otro cualquiera sería un esfuerzo insuperable.

—¡Ah! —dijo para sus adentros Sinharib con un profundo suspiro—. ¿Dónde estás, Haicar? Un remordimiento devorador me presenta, sin cesar, tu inocencia, no obstante las apariencias del crimen, que te condenan. ¿Dónde podría yo encontrar otro sabio para salir del afrentoso laberinto en que estoy encerrado?

El desgraciado soberano tuvo que disolver una reunión de la cual no había sacado más que motivo de disgusto. Y él entonces no se fué a buscar a Nadán para tranquilizarse con sus consejos o distraerse en los placeres, sino que se dirigió al palacio de su tía Asfagni, a quien contó sus inquietudes y su dolor, con la cual lloró la muerte del que adoraban.

La prudente esposa de Haicar amaba al rey, que, aunque enervado por los placeres, tenía buenas inclinaciones, y a quien su corte, por corrompida que estuviese, no había dado jamás el alma de un tirano. El desventurado Sinharib se arrojó a los pies de su tía, con los ojos arrasados en lágrimas; ella lo abrazó y le dijo con cariño:

—Ven a mis brazos, hijo; yo comparto tus penas. El rey Faraón te amenaza; pero no te dejes abatir. El que está en condiciones de atacar no principia por amenazas. Al proponerte un desafío de sabiduría y de ciencia, me pone en trance de dudar de las tuyas. Tú eres señor de un pujante imperio; reúne tus fuerzas, desplégalas, llévalas hacia tus fronteras antes que sean atacadas.

—¡Ah, señora! —exclamó el rey—. No son las amenazas del rey de Egipto el único motivo de mis inquietudes. Yo me he privado de Haicar, cuya ciencia, cuyos consejos y luces eran toda mi fuerza. ¿Cuál sería el rey de la tierra que se atreviese a insultarme si él viviese todavía? Convencido en el fondo de mi alma de que este gran hombre ha sido juguete de una intriga abominable, tengo miedo de examinar de cerca las fuentes y de hallar los autores. El grito de la nación despierta los remordimientos de mi conciencia. He reunido un Consejo para buscar los medios de contestar a Faraón, y no se ha temido decirme públicamente que me había yo mismo privado de todo recurso haciendo morir a Haicar. ¡Oh! ¿Quién podrá ya devolverme a aquel a quien yo he tratado tan bárbaramente? Llévame hasta su tumba, que yo bese y riegue con mis lágrimas los preciados restos de aquel sabio ministro. Quiero consultar a sus frías reliquias; el alma que guió mi juventud, seguramente vaga alrededor de ellas, y puedo esperar, quizá, los consejos que los pretendidos sabios de mi corte no son capaces de darme.

Asfagni no quiso interrumpir al rey para saber de qué naturaleza eran sus penas. Cuando ella se convenció de que no era sólo el temor de una guerra inevitable el motivo de su inquietud, sino que tenía por causa un verdadero sentimiento, decidióse a hablar.

—Sin duda mi desgraciado esposo —dijo—, incapaz de toda traición, sucumbió víctima de un odioso complot tramado por la baja envidia; pero los enemigos que han atacado sin éxito su reputación no han logrado tampoco arrancarle la vida. La divina Providencia lo ha ocultado a sus furores y ha preservado su cabeza de los golpes mortales de que se veía amenazada.

—¿Cómo? ¿Haicar vive? —exclamó Sinharib en un transporte de alegría—. ¡Ah! Mi corazón se alivia. El cielo me ha salvado de los remordimientos de un crimen y me ha guardado un recurso infalible contra los vanos esfuerzos y la astucia de Faraón. Mas ¿cómo se ha obrado este prodigio? ¿En dónde podré yo encontrar al sabio venerable? ¿Cómo podré yo sostener sus miradas después de la negra ingratitud que le he manifestado? La vergüenza que me confunde, ¿basta para expiar mi crimen?

—Tranquilízate un momento —respondió Asfagni—; voy a ver si puedo traerlo aquí. No temas su presencia: el cielo, garantizándole la vida, le ha conservado sus virtudes, se las ha coronado, dándole la paciencia en la adversidad, que él jamás había conocido.

(Continuará en el número próximo.)

EL AGUILA BLANCA

— POR EMILIO SALGARI —



La *Aguila Blanca* descendía de una familia de héroes.

Su abuelo, el *Aguila Roja*, había combatido contra los ingleses en la época de su invasión en el Canadá; su padre, el *Aguila Negra*, habíase creado fama de intrépido guerrero rechazando victoriosamente a los colonos de piel blanca, que reiteradamente habían tratado de expulsar a las tribus indias de los iroqueses de sus bosques; y el hijo, por no ser menos que el abuelo y el padre, había luchado fieramente al frente del resto de su tribu para conservar la independencia del territorio.

El *Aguila Blanca* no había alcanzado aún los treinta años, y, sin embargo, todos celebraban su indiscutible valor.

Los viejos de cabellos blancos y arrugado rostro habían cantado sus alabanzas en los bosques, en los montes, en las orillas de los lagos del Canadá; las jóvenes más hermosas de la tribu habían sentido palpar con fuerza su corazón sólo al oír pronunciar el nombre del intrépido guerrero.

Hermoso como el dios de la guerra, fuerte como un oso de las montañas Rocosas, ágil como un ciervo, valiente como Marte, el *Aguila Blanca* no tenía rival.

Su lanza infundía miedo; su hacha asustaba a los enemigos, sin necesidad de blandirla; su sola presencia bastaba para poner en fuga a los adversarios más audaces.

Vivía a la orilla de uno de los numerosos lagos del Canadá, en la linde de un bosque de soberbios pinos negros, y había reunido en torno suyo los últimos restos de la tribu, antes numerosa y potente y hoy reducida a unas cuantas docenas de familias.

Aunque los iroqueses fuesen pocos, con el *Aguila Blanca* sabían, no obstante, hacer temblar a todos, y amedrentaban a sus enemigos por ser valerosos hasta lo increíble.

Diversas veces, la vecina tribu de los algoncinos, mucho más numerosa, reducida por los ingleses, había intentado destrozarse aquel puñado de héroes, y había alcanzado, en cambio, sangrientos reveses.

De ahí que se sintiese un odio terrible contra el valeroso jefe de los iroqueses, cuya tienda estaba adornada de numerosas cabelleras arrancadas a los vencidos enemigos.

El *Aguila Blanca* no lo ignoraba; ¿pero qué le importaba todo ello?

—Si mis enemigos desean mi cabellera —había dicho con fiereza— que vengan a cogerla.

Le habían preparado infinidad de lazos, todos sin éxito. El valiente guerrero había sabido no sólo evitarlo, sino que también había regresado a su aldea con nuevas cabelleras.

Comprendía que sus enemigos estaban siempre tramando algo en contra suya y se mantenía en guardia. No ignoraba que se habrían alegrado de poderle atar al poste de la tortura para hacerle sentir los más atroces tormentos y poner a prueba su valor de león.

Hacia ya seis meses que la paz reinaba en la aldea del jefe de los iroqueses.

Sus adversarios, convencidos de no poderle vencer, habíanse re-

tirado lejos del lago, después de haber hecho proposiciones de paz, y parecían haber renunciado a sus propósitos de venganza.

Quien no estaba convencido de ello era el *Aguila Blanca*, y por lo mismo no había disminuido su vigilancia. Temía, especialmente, una sorpresa por parte de un jefe llamado *Oso Negro*, guerrero de fuerza extraordinaria y de valor nada común, que en muchos combates había dado muerte a adversarios con fama de valientes.

Supo, además, que dicho jefe, en presencia de toda su tribu, había jurado solemnemente cogerlo prisionero antes de transcurrir seis meses y vengar de un modo terrible a los guerreros caídos bajo la terrible hacha del *Aguila*.

Pero hasta entonces el jefe algoncino no se había dejado ver, y su juramento había sido tomado por una fanfarronada.

No faltaban más que unos cuantos días para la fecha fijada por el *Oso Negro* cuando una mañana presentóse en la aldea de los iroqueses una india con las ropas rasgadas y el caballo herido por dos lanzazos.

Era una hermosa mujer de veinticinco años, aproximadamente, con larga cabellera negra, ojos muy vivos y las facciones regulares; tipo casi europeo, excepto el color de la piel, que era ligeramente rojizo.

—Conducidme ante vuestro jefe —dijo a los indios que le habían impedido la entrada en el campamento—. El *Aguila Blanca* me hará justicia.

Pocos instantes después aquella desconocida entraba en la tienda del jefe.

—¿Qué quieres? —le preguntó el *Aguila Blanca* al verla entrar.

—Justicia y venganza, gran jefe —contestó la mujer, clavando en él una mirada fascinadora— Eres el guerrero más valiente y más noble del Canadá, y no permanecerás sordo a las súplicas de una pobre mujer.

—Habla —dijo el *Aguila*—. Ya sabes que soy el protector de los débiles y de las mujeres.

—Soy una pobre viuda que vivía a orillas del Atabasco con mis cuatro hijos. Mi marido murió en un combate, dejándome dos caballos, una tienda y un poco de tierra. Esta mañana los algoncinos me han atacado sin provocación alguna de mi parte, han matado a mis hijos, me han arrasado mi campo y se han llevado la tienda. Apenas he tenido tiempo de escapar en uno de mis caballos, herido de dos lanzazos. ¡*Aguila Blanca*, venga a mis hijos!

—¿Cuántos eran los que te han atacado? —preguntó el indio, con la ira brillándole en la mirada.

—Diez —contestó la mujer sin titubear.

—¿Sobre qué camino han tomado?

—El que conduce al estanque de los álamos negros.

—Guíame y serás vengada.

Mandó ensillar su caballo de batalla, cogió las armas, llamó a cinco guerreros, elegidos entre los más intrépidos, desdeñando llevar consigo mayor número, y salió del campamento precedido por aquella mujer.

—Antes me guiarás hasta tu casa —dijo—. Si has dicho la verdad, te regalaré las cabelleras de los asesinos de tus hijos; si has mentado, te mandaré atar al poste de la tortura y morirás bajo los más atroces tormentos.





—Sígueme —contestó sencillamente la mujer.

Salieron al galope, dirigiéndose hacia el Atabasco, un riachuelo que afluye al lago, a unos diez kilómetros del campamento de los iroqueses.

Una hora más tarde, los seis guerreros y la mujer llegaban a un bosque de álamos y follaje muy espeso, que se prestaba perfectamente a una emboscada.

La mujer, después de una corta duda, condujo a la tropa hacia el río y enseñó al jefe una tienda por el suelo y un pequeño campo devastado.

En la tierra húmeda veíanse huellas de numerosos caballos y algunas flechas, arrojadas, seguramente, por los asaltantes.

El jefe había bajado del caballo para observar mejor las huellas de los algoncinos, y la mujer había alejado un poco, como si buscara algo.

De pronto, gritos grandes y terribles estallaron por todas partes, y una numerosa banda de indios precipitáronse con las hachas en alto encima de los escasos guerreros del *Aguila Blanca*.

—¡Traición! —gritó el jefe.

La mujer había desaparecido por el bosque, apareciendo, en cambio, el *Oso Negro*.

La lucha fué breve y terrible. Los cinco guerreros iroqueses habían caído al suelo con la cabeza rota a hachazos, y en un momento fueron despojados de sus cabelleras.

No obstante, el *Aguila Blanca* no había sido herido. Apoyándose en el tronco de un árbol seguía defendiéndose con vigor sobrehumano.

A cada golpe de su hacha, que vibraba, un enemigo caía para no levantarse jamás, mientras con su escudo de piel de bisonse se defendía de los lanzazos que los hombres del *Oso Negro* le dirigían.

Sin embargo, no podría resistir indefinidamente. Las fuerzas le iban faltando poco a poco, y ya el escudo no le protegía.

—¡Ríndete! —gritó el *Oso Negro*.

—Me matarás de todas maneras —contestó el *Aguila*—. Morir aquí o en el poste de la tortura lo mismo da. Aquí, por lo menos, no cogerás más que mi cadáver.

—¡De modo que confiesas que no eres capaz de soportar el tormento! —gritó el *Oso*—. Te creía valiente y veo que eres más cobarde que una mujerzuela.

—El *Aguila* no tiene miedo del tormento —exclamó con fiereza—. ¡He ahí la prueba!

Y lanzando lejos de sí el hacha y el cuchillo que tenía en las manos, dijo:

—¡Atádmel...

Apenas había terminado de decirlo cuando sus brazos eran atados con unas correas.

—Eres un cobarde —dijo al *Oso*—. Un guerrero valiente no habría recurrido jamás a una mujer para preparar una emboscada. ¡Te desprecia!

—La mujer que te ha conducido hasta aquí es mi esposa —replicó el *Oso*—. Te odia tanto como yo y me ha ayudado espontáneamente a la venganza.

—¡Pues bien, que se venga!

El *Aguila Blanca* fué colocado encima de un caballo y la tropa

se puso en marcha, haciendo ondear en las puntas de las lanzas las cabelleras sangrientas de los cinco guerreros iroqueses.

El jefe se había encerrado en un feroz silencio. Sólo en sus ojos brillaban relámpagos terribles cada vez que se encontraban con los de aquella mujer que le había traicionado.

Cuando llegaron a la aldea de los algoncinos, situada en medio de un espeso bosque, toda la gente estaba fuera de las tiendas. Hombres y mujeres imprecaban al *Aguila*, mostrándole los puños, amenazándole con los cuchillos, lanzas y hachas y tratando de arrancarle de las manos de los guerreros que le conducían.

—¡Has matado a mi hijo! —gritaba una.

—¡Asesinaste a mi esposo! —exclamaba otra.

—¡Al poste! ¡Llévadlo al poste!

El jefe iroqués no se dignaba contestar; toda su atención concentrábase en la mujer que le había traicionado, la cual, por su parte, no apartaba ni un solo instante la mirada del prisionero. Pero no era una mirada de adiós, sino todo lo contrario. Parecía arrepentida de haber puesto a tan valiente guerrero en mano de sus enemigos.

El *Oso Negro* condujo el prisionero a su tienda, lo desató y le dijo:

—Mi hermano puede comer y dormir cuanto guste, porque el día del suplicio está lejano todavía. Te ataremos al poste del tormento después de la fiesta de las serpientes.

El *Aguila Blanca* no se dignó dirigirle ni siquiera una mirada.

Comió con apetito un pedazo de pan que le ofrecieron, y echándose en una blanda piel de bisonse, cerró los ojos.

Cayó la noche, y todos estaban dormidos en el campamento.

Sólo frente a la tienda, junto a una hoguera gigantesca, estaban seis guerreros, encargados de vigilar al prisionero.

El *Aguila Blanca* no dormía. Se había levantado muchas veces, dirigiéndose, sin hacer ruido, hacia la puerta, con la esperanza de que los centinelas estuviesen dormidos y poder escapar.

Debia ser más de media noche cuando oyó un ligero ruido detrás de la tienda.

Poco después levantaron una punta de la misma, y una forma humana, envuelta en gran chal de pelo de cordero, arrastrábase silenciosamente dentro de la tienda hasta llegar junto al jefe.

—¿Quién eres? —preguntó el *Aguila* con estupor.

—Soy la mujer que te ha hecho traición, la esposa del *Oso Negro*.

—¿Has venido a gozar de mi agonía? —preguntóle irónicamente—. Si has venido con este objeto te equivocas, porque no tengo miedo a la muerte y estoy pronto a desafiarte.

—No he venido con este objeto —contestó la mujer—. Antes al contrario, vengo a ofrecerte la libertad.

El *Aguila Blanca* había quedado mudo, mirándola con profundo desprecio.

—Eres guapo, eres fuerte, eres valiente; y he venido aquí para que te puedas escapar, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me lleves contigo a tu tribu.

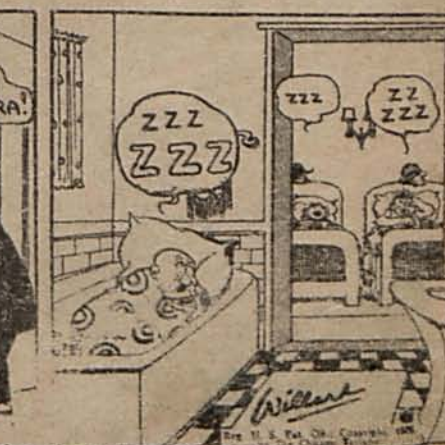
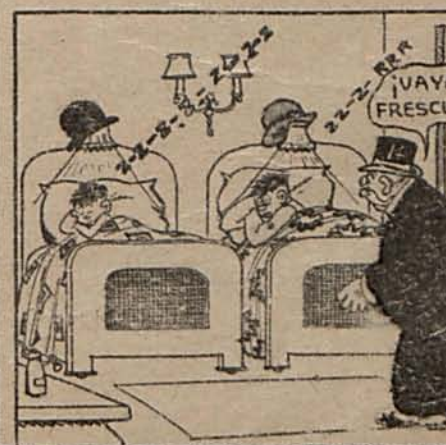
—¿Después de haberme traicionado quieres traicionar también al *Oso Negro*? —preguntó el iroqués con desprecio—. No; márchate. Jamás aceptaré libertad a tal precio.

(Concluirá en el número próximo.)



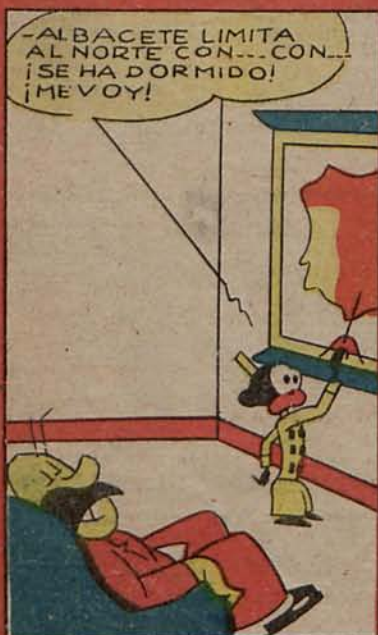


POTIPÁN Y CAÑAMÓN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

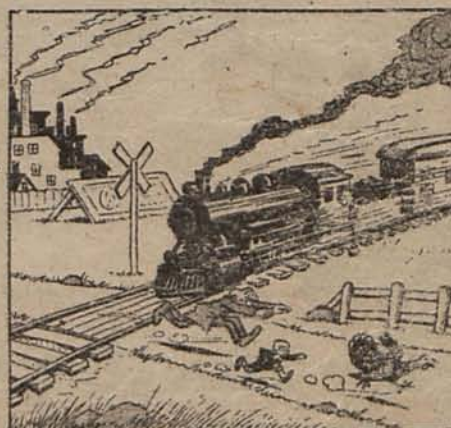
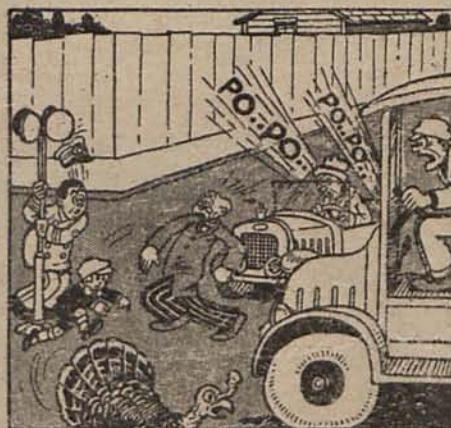
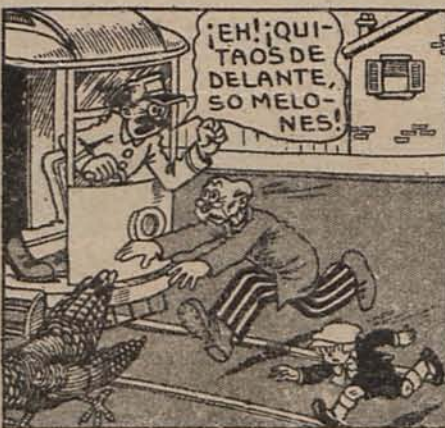
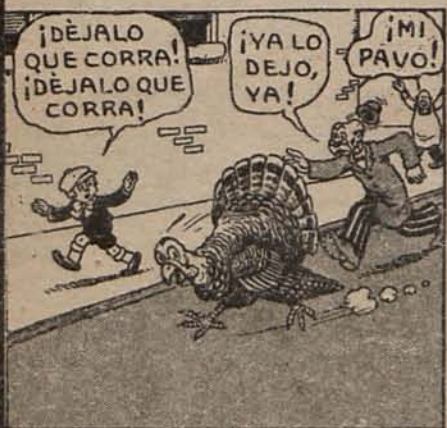


LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





COLORÍN Y SU PANDILLA

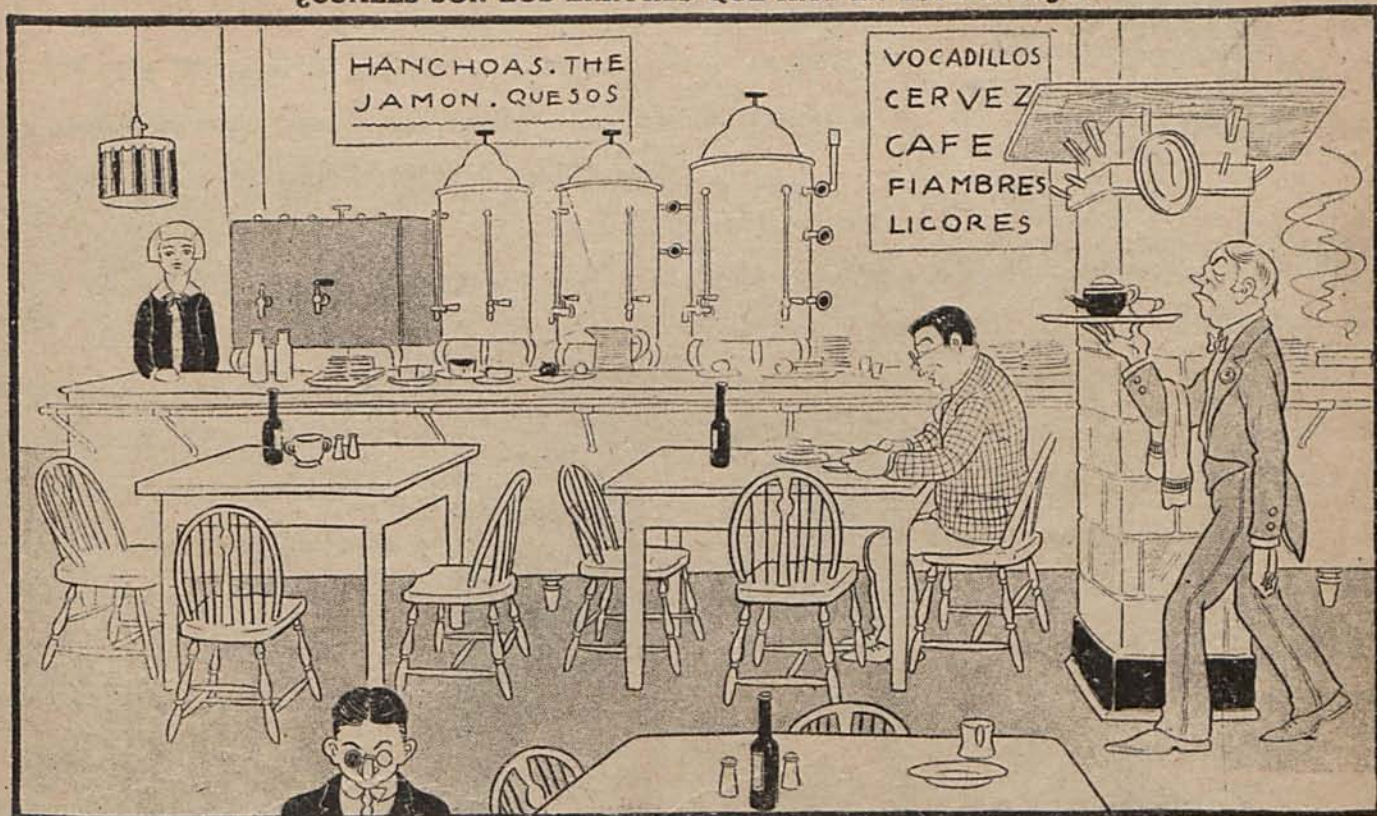


CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE ENERO DE 1927

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



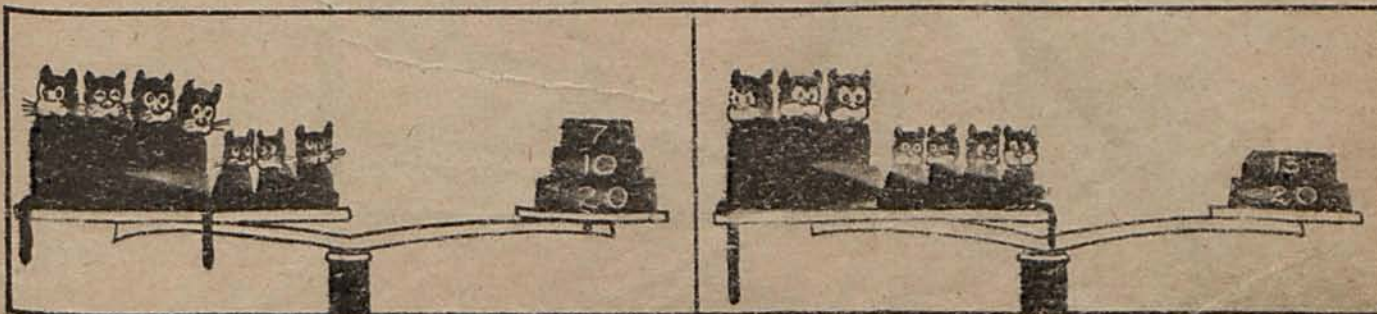
Trece son los errores que hay en este dibujo. Como veis, representa el interior de un bar; pero un bar de lujo, pues el camarero lleva nada menos que frac. Los errores son muy fáciles de hallar, pues se trata de cosas muy conocidas por vosotros. Como ejemplo, os diré que uno de los errores es que el depósito que hay a la izquierda y detrás de la enprita del mostrador, tiene uno de los grifos sin manilla. ¿Cuáles son los otros doce?

LOS DOS RATONES



Encontráronse un día, yendo de paseo, dos ratones, y después de preguntarse por sus respectivas familias, empezaron un diálogo muy animado, en el que trataron de la terrible malanza de ratones que tenía lugar desde hacia poco tiempo en aquel pueblo. Esta obediencia a la presencia, en aquel lugar, de dos enormes galazos. En este crítico instante, en que tan embobados están en la conversación dos Ratón Pérez y el señor Roqueño, los gatos están escondidos. ¿Dónde?

PROBLEMA ARITMÉTICO



Como veis por el presente dibujo, en una balanza hay cuatro gatos y tres gatitos y entre los siete pesan 37 libras. En la otra balanza hay tres gatos y cuatro gatitos y entre los siete pesan 33 libras. La solución consiste en averiguar cuánto pesa un gato y cuánto pesa un gatito.



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

El cacto.—¿Qué

es el cacto?, preguntáis. Pues es el nombre de todas las plantas de la familia de las tunas. ¿Y las tunas? Pues la tuna es el nopal. ¿Que tampoco conocéis al nopal? ¡Vaya que sí! Ahora que, quizá sea sin saberlo.

En cuanto os diga su nombre más vulgar, le saludaréis como a un viejo amigo; el nopal, la tuna, el cacto son... el higo chumbo.

Yo me he quedado con el nombre de cacto porque encuentro que le va mejor.

El cacto nos ofrece un elemento decorativo insuperable, que, formado por masas, se presta como pocos

a ser reproducido en telas, recortadas, incrustadas en otras o pegadas.

Ved qué bonito efecto presenta el cacto en el adorno, junto grabado, adornando una bolsa de labor, de forma originalísima. La bolsa puede hacerse en gruesa «toile» de hilo color natural, y el adorno, incrustado, será también de «toile», pero en color vivo: naranja, verde, rojo. Si la bolsa es de arpillera, para mayor economía, el cacto irá aplicado en lugar de incrustado y de cualquier tela, pero siempre en color fuerte.

El festón conviene hacerlo negro, y, asimismo,

negras serán las espinas; es decir, las puntadas que imitan las espinas, que si éstas fueran de verdad ¡pobres deditos de la bordadora!

PIRULA, REPOSTERA

Galletas kikiripota.—¡Por Dios!, no vayais a creer

que la horrible bruja Kikiripota ha inventado estas galletas, cuya receta os doy a continuación; ni siquiera sabía hacerlas, ya que la terrible cómplice del ogro señor Goró (1), no era capaz ni de inventar ni de fabricar cosas tan ricas.

Ahora, que le gustaban con locura.

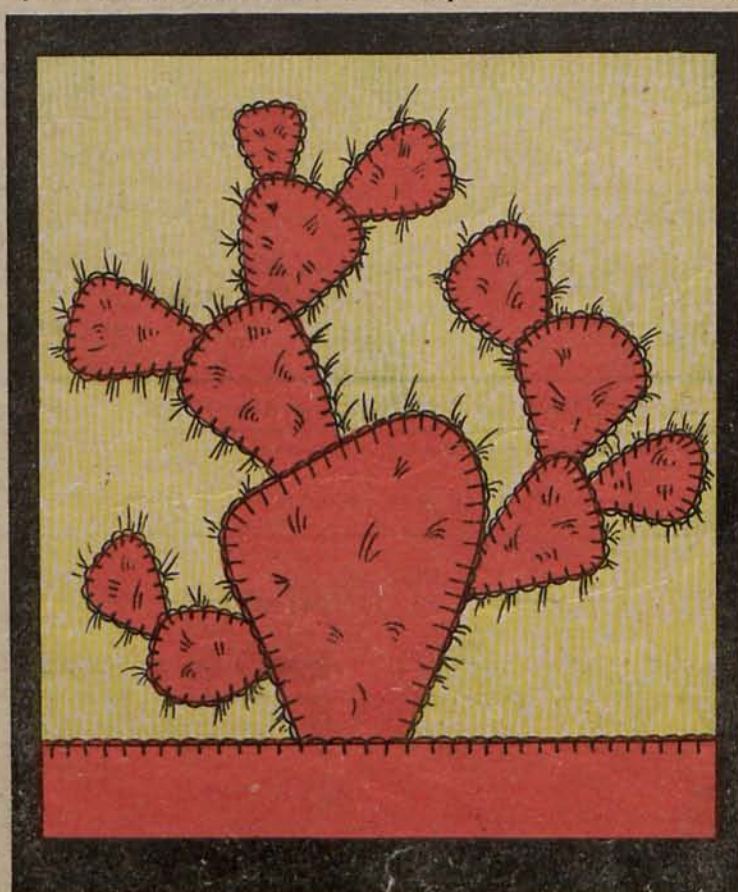
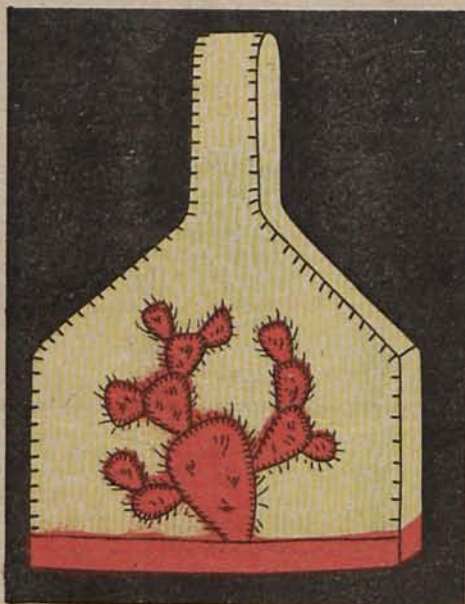
Cada mañana, doña Kikiripota mojaba en el chocolate cuatro kilos y pico de estas galletas; de ahí que les haya dado su nombre.

La receta es la siguiente: Se diluyen 125 gramos de azúcar molida con una pizca de sal y un huevo. Se echa esta pasta sobre la tabla de hacer pasteles y se trabaja,

añadiendo un cuarto kilo de harina, 125 gramos de mantequilla y un poco de canela.

Cuando todo está perfectamente mezclado, se extiende la masa, se recorta con moldes, dándoles a las galletas la forma que se quiera y se meten en el horno, a fuego lento, sobre una placa de hojadelata untada de manteca.

(1) Véase *Chapete en guerra con el país de la Fantasía*.



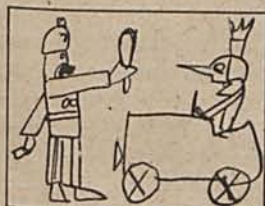
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Un gran portero.
MAURO RODRÍGUEZ.
Nueve años. Sevilla.



El autito de «Pinocho».
ANA LEYVA.
Madrid.



Currinche.
ANTERO MELA.
Palencia.



Retrato de Portes,
por
IOAQUÍN RABAGO.



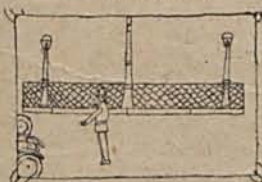
Pinocho, futbolista.
RAMIRO PEDRAZA.
9 años. Valencia.



Mis mejores amigos.
SEBASTIÁN SANTOS.
Elche.



Son muy saludables los aires
del campo.
ESPERANZA NAVARRO.
Isla Cristina.



Nuevo método de circulación.
G.M.—Madrid.



El profesor, por C. MARCOS.
Cangas de Tineo.



—¿No te parece que la
instrumentación es muy rui-
dosa?
—Conviene que así sea,
para que los espectadores
se despierten de cuando en
cuando.

VÍCTOR C.

DISPUTAS

Comedia escrita por Mercedes Rey.

ESCENA I

PERSONAJES

Mercedes Rey, trece años; Pilar Gillis, la misma edad; Isabel Villarino, once años; Ángel Melians, trece años; Jorge Sanz, siete años; Nenesisita Pereira, cuatro años; Juanita Rodríguez, trece años; Eugénita Pereira, cinco años; Silvia Gallardo y Gisela Espino-
sa, nueve años.

Un jardín. Están sentadas en la hierba Mercedes y Pilar; Nenesisita está en las piernas de Mercedes; un poco más lejos, Ángelo, Jorge y Eugénita arreglan un tren...

MERCEDES. Oye, Jorgito, ¿dónde está Isa?
JORGITO. La llamé tu mamá y se fué con Juanita, Gisela y Silvia.
PILAR. Vamos a jugar.
TODOS. Vamos.
MERCEDES. ¿A qué?
JORGITO. Al trompo.
MERCEDES. ¡Oh, no, Jorge! Ese es un juego de niños de la calle, de golfillos.
PILAR. Escoge tú, Mercé.
MERCEDES. A los patines.
ANGEL. (Acercándose.) No, a eso no puede jugar nuestra nenita linda.
MERCEDES. ¡Ah, es verdad! No me acordaba. ¿A qué quiere jugar la nenita?
NENESITA. A las muñecas.
TODOS. Vamos.
MERCEDES. Yo seré la mamá; tú, Píluca, serás la institutriz; Juanita, la cocinera; Isabel, la criada de Nenesisita; Gisela, la criada de manos; Eugénita y Nenesisita, las hijitas; Jorge, el criado, y Silvia, la criada de Eugénita. ¿Conformes?
TODOS. Conformes. Ahora falta que Isa, Silvia, Juanita y Gisela vengan.
MERCEDES. Tú, Ángelo, ves a avisarlas. (Ángelo se va.) Vayan ustedes a buscar los juguetes; mientras, yo le lavo las manos a la nenita, que las tiene sucias de caramelo.

ESCENA II

Están todos menos Silvia, que no la han avisado. Isabel tiene una gran caja en las manos, Juanita una cocina con muchos cacharritos, Ángelo está manejando un auto, Gisela con un plumero y una escoba y Jorgito sentado como un portero, mientras Mercedes y las otras dos arreglan un florero.

MERCEDES. Vamos a ver, Isa, yo voy a salir; déle la leche a las ocho a la nenita, y si viene visita pásela al salón de recibo y que me espere un momento, que yo vuelvo en seguida.
NENESITA. Mamaita, ¿y qué me traerás?
MERCEDES. (Dándole besos.) Lo que quieras, amorcito divino.
NENESITA. ¿Lo que yo quiera?
MERCEDES. Sí, mi vida.
NENESITA. Pues yo quiero (con gesto imperativo), pero ahora mismo, una muñeca y una pelota.
MERCEDES. En seguida, mi linda. (Al criado.) Jorge, vaya pronto a buscar lo que desea la niña.
JORGITO. Muy bien, señora. (Se va.)
GISELA. (A Eugénita.) ¡Ah, no, Eugénita; no se juega así, porque me vas a pegar con las manos!
EUGÉNITA. Porque la señorita de la casa lo puede hacer.
GISELA. Me voy, me voy y no vuelvo más.
MERCEDES. (Interviniendo.) Vamos, Gisela, no te vengues. Mira, Eugénita, no lo harás más, ¿verdad, Eugénita?
EUGÉNITA. ¡Oh, no, qué va! No le pegaré más con las manos, porque no le gusta, pero le pegaré con los pies.
(Todos se echan a reír.)
(Corriendo.) ¿A qué juegan?
SILVIA. A las muñecas.
EUGÉNITA. ¿Juego?
SILVIA. Bueno. Serás la criada de Eugénita.
SILVIA. ¡Yo, yo criada, estás equivocada! ¡Silvia Gallardo, ni pagándola sirve a nadie!
ANGEL. ¡Vamos, doña señorona, qué finas son sus manitas, que no pueden trabajar! Y a ti, ¿quién te metió, cabezón?
ANGEL. Oyeme, Silvia; no quiero juegos con mi cabeza, que no se ha metido contigo.
SILVIA. No, si no es jugando, sí es de veras, y para que lo comprendas bien, toma (y le da un golpe en la cabeza).
ANGEL. ¡Ah, eso sí que no te lo tolero! Isa, dale bien duro en su cabeza, a ver si a ella le gusta. (Isa le da flojo, pero en ese momento viene Jorgito, que al ver que pegan a su prima se tira sobre Isabel; entonces, todos, al ver esto, hacen igual sobre Jorge y Silvia.)
NENESITA. Oigan: los niños no pelean, y los que pelean, papá Dios no los quiere. Si eso hacen ustedes, que son grandes, ¿qué no haré yo, que soy chiquitita?
ANGEL. Es verdad, buena nenita. (A los demás.) Somos unos niños muy malos y tontos.
MERCEDES. Más que malos, tontos.
ANGEL. Es verdad. No debemos pelear más. Perdón, Silvia.
SILVIA. Perdón, no; yo soy quien debo pedirlo.
NENESITA. Nada de perdones. A no pelear, a seguir jugando y siendo buenos.
ISABEL. ¡Viva Nenesisita!
TODOS. ¡¡¡Viva!!!

TELÓN

MERCEDES REY.

Para mi querida Nenesisita.



El rey de la selva.
GABRIEL MONGE.
Diez años. Madrid.



Una rosa.
CARMEN RODERO.
Once años. Madrid.



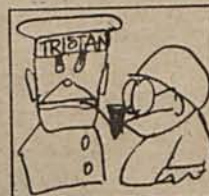
Pinocho
estudiando.
JOAQUÍN RIVAS.
Melilla.



Don Piruli de la Habana.
ANTONIO P. MONTEJO.
Madrid.



Un atraco.
V. Cosío.
Laredo.



Tristán y Peón.
ANGELITO CUEVAS.
Siete años. Madrid.



Chicote.
J. R.
Madrid.



Carrera de «motos». (Del natural).
JOSÉ BAQUÉ.
Quince años. Zaragoza.



Donde suelo merendar.
MERCEDES ILLERA MAÍZ.
Santander.



Mi mejor amigo.
MANOLO CABRERA.
Once años.
Valencia de Alcántara.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 100
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.

VIDA PINOCHISTA

Publicamos en esta Sección retratos, noticias y, en general, asuntos personalmente relacionados con los Pinochistas. Por medio de ella los amigos de PINOCHO pueden entablar comunicación entre sí, sea en demanda de alguna cosa determinada o simplemente para ofrecer correspondencia, de la que puede surgir una distracción honesta, un ejercicio útil y acaso el tesoro sin precio de una buena amistad.

Insertamos a continuación algunos ejemplos de las comunicaciones que pueden enviarnos los Pinochistas para que las publiquemos en esta Sección:

Luisa M. Calle de Coruña, desea cambiar con otros Pinochistas fotografías de su país por fotografías de otras regiones de España y de América para hacer un album que contenga reproducciones de todos los lugares donde se habla español.

Alvaro R., Domingo J. y Antonio L., desean formar un *once* de fútbol con Pinochistas de Madrid. Dirijanse las adhesiones a

Pedro R. Calle de Sevilla, tiene interés en saber cómo se llama un cuento en el que una Princesa se convierte en estrella,

y luego en lluvia, y luego en flor. ¿Habrá algún Pinochista que se acuerde y se lo diga?

Ramón A. Calle. Buenos Aires, busca un Pinochista de su edad (15 años) que le escriba cartas, una vez al mes, contándole cosas de su vida y de su país. Al cual le contestará puntualmente con relatos de la suya y de Argentina.

Mari Blanca H. Calle de Toledo, desea escribirse con una Pinochista colombiana, salvadoreña o costarricense.

Estos no son más que ejemplos indicadores de las diversas direcciones en que los Pinochistas pueden utilizar esta Sección, que está abierta a todos y es gratuita. Lo que habéis de recordar es que las comunicaciones tardarán en publicarse unos tres meses, *cuando no haya aglomeración*.

Así que después de publicarse un par de veces esta invitación que hoy os hacemos, pasarán muchas semanas antes de que volváis a ver esta Sección en el semanario: el tiempo necesario para que recibamos vuestras comunicaciones y hayamos podido publicarlas.

*
**

EL CLUB "PINOCHO" DE BUENOS AIRES

Nuestro querido amigo, el ferviente Pinochista, S. Zugasti, de Buenos Aires, nos envía interesantes noticias del *Club Social y Deportivo "Pinocho"*, constituido por entusiastas Pinochistas argentinos, de algu-

× 3 llegará a construir un palacio de 30 × 30, que sea, por su belleza y por su lujo, envidia del mundo entero! A nosotros no nos chocaría. Zugasti y sus amigos del *Club "Pinocho"* son argentinos y son Pinochistas. Con eso está dicho todo.

«Se ha formado —termina diciendo Zugasti— un



S. Zugasti.



Constantino Habate.



López, Pellini, Molinari, Villari, Cirulo, L. Herráiz.



Antonio Cirulo.

nos de los cuales publicamos en esta página fotografías.

«El *Club "Pinocho"* —nos dice Zugasti— está ahora en un franco tren de progresos.

«Ahora está construyendo una casilla de 3

× 3 y un *ring*. Estas casas darán al Club un gasto de unos 100 pesos, o sean unas 300 pesetas; pero hay que reconocer que una vez terminado eso, será el sitio de reunión de todos los asociados; se pondrán algunos juegos de entretenimiento y muchos libros y revistas. Se harán, además, ahí las acostumbradas asambleas semanales; posiblemente estará abierto tres o cuatro días por semana.»

Las dotes de organizador de Zugasti, verdadera alma del gran *Club "Pinocho"*, nos hacen confiar, no sólo en la realización de todos sus planes, sino en la de otros más difíciles y brillantes aún. ¡Quién sabe si el *Club "Pinocho"*, que ahora construye una casilla de 3



Iza der Muengo, Montini, Lombardi, Zugasti, Labate, Herráiz (chico), Toscano, Casado, Tormina, Cirulo.



Sello social del Club Pinocho, de Buenos Aires.

nuevo club de pibes, que se llama *Club Sportivo defensores de Chapete*; y nosotros les daremos un regio sello, puesto que se nos ha afiliado.»

¡Figuraos, queridos Pinochistas, la furia de los partidos de fútbol entre el *Club "Pinocho"* y el *Sportivo defensores de Chapete*! Claro que furia meramente deportiva; porque fuera de la noble lucha del deporte

los del *"Pinocho"* y los del *"Chapete"* son buenos amigos. Pinocho mismo, si encontrase a Chapete en algún apuro, ¿creéis que no le socorrería? ¡Pues claro que sí! Lo cortés no quita a lo valiente, y nadie debe ser rencoroso ni odiar a nadie. Si Chapete se decidiese algún día a ser decente, a no mentir, a no traicionar, a no ser envidioso ni perverso, Pinocho tendría uno de sus gestos magnánimos y le abriría los brazos como a su mejor amigo. ¡Es mucho corazón el de nuestro inmortal muñeco de madera! Pero nos tememos que eso tarde.

¡A ese condenado Chapete le gusta el ron..., le gusta el ron!...



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Déjame descansar un poquito, porque vengo muy fatigado.

—Ya se te conoce. Vienes lleno de polvo y barro. Sin duda has debido darte una larga caminata.

—Así es, amigo buho. Hoy me he dado un paseo de cinco kilómetros. He ido por el campo y he pasado un rato muy agradable.

—¿Has observado algo que te haya producido curiosidad?

—Sí, querido buho. He estado sentado un largo rato junto a una acequia observando la vida de las ranas. Allí había un enjambre de ellas, y no puedes figurarte el concierto que han dado esta tarde. Cuando ya me he cansado de oírlas, he tirado una piedra al agua e instantáneamente se han callado todas y se han zambullido.

—¿Y qué curiosidad has observado en ellas?

—Una que quiero que tú me expliques. He visto, con asombro, que igual viven fuera que dentro del agua. Así que hoy vas a hablarme de las ranas, ¿no te parece?

—A mí me da lo mismo hablarte de una cosa o de otra. Lo que quiero es que aprendas mucho, que me preguntes por todas las cosas cuyo porqué no conozcas. Quiero que satisfagas siempre tu curiosidad. Por algo te llamas el curioso Chonón.

—Ya ves que no dejo de preguntarte todo lo que me apetece.

—Las ranas, querido Chonón, son animales anfibios.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Anfibio quiere decir «ambas vidas», o sea que viven dentro y fuera del agua.

—Eso ya lo he visto yo.

—No me interrumpas y déjame hablar. Cuando la rana es muy jovencita se la llama renacuajo, y tiene toda la forma de un pez.

—Me parece que yo lo he visto también. Tiene la cabeza muy grande, los ojos saltones y el cuerpecito muy pequeño. Hasta el color es un verde parduzco muy feo. ¿Es ese el renacuajo?

—El mismo, querido Chonón. Durante esta juventud no puede vivir más que debajo del agua; exactamente lo mismo que los peces.

—¿No puede salir fuera?

—No.

—Entonces, no es anfibio.

—No lo sería si viviera siempre como pez; pero es que luego deja de ser pez para pasar a ser reptil.

—Sigue, pues.

—Más adelante van apareciendo en el renacuajo unos apéndices que se convierten poco a poco en brazos y patas, con cinco dedos en cada extremidad. Las patas traseras son muy largas y las tienen siempre dobladas y dispuestas para el salto.

—Es curioso.

—Lo más curioso es que a medida que van desarrollándose estas extremidades aparecen en los renacuajos unos pequeñísimos pulmones destinados a la respiración de aire. Cuando el renacuajo ha sufrido la transformación completa, o sea cuando se ha convertido en rana, no se parece absolutamente en nada a lo que era antes, y sale del agua para respirar como los demás animales que no son peces.

—Ahora comprendo perfectamente por qué se les llama anfibios. Porque el principio de su vida lo pasan como los peces, respirando agua, y el resto viven como los demás animales, respirando aire. Así es que disfrutan ambas vidas.

—Así es, efectivamente. Eres muy listo, Chononcito.

—Con maestros como tú, no puede haber discípulos torpes.

—Gracias.

—También he podido observar en las ranas que cuando están croando se les hincha la garganta extraordinariamente. Parece como si estuvieran haciendo gárgaras.

—No has observado mal, curioso Chonón. En realidad, hacen gárgaras con el aire, y por eso producen ese característico sonido.

—Por cierto que a mí me gusta mucho oírlo.

—No deja de tener su encanto. Sobre todo por las noches resulta agradable, porque rompe ese macizo silencio que invade los campos.

—¿Es verdad, querido buho, que es muy sabrosa la carne de las ranas?

—Ya lo creo. Con los muslos de la rana se hace una sopa de sabor exquisito, además de que tiene un gran valor alimenticio.

—Yo no la he comido nunca, y creo que me daría un poquito de aprensión comerla. He visto ranas de un aspecto repugnante, con toda la piel arrugada y llena de ampollas.

—Eso no son ranas, querido Chonón; son sapos. Las ranas tienen la piel tersa y brillante y no hay en ellas ningún motivo de repugnancia.

—Según..., según...

—¿No te gustan a ti los cangrejos?

—Mucho.

—Pues más decentito es el aspecto de la rana que el del cangrejo.

—Sin embargo..., la costumbre.

—¡Nadal! Si quieres te convidó a un plato de sopa de ranas.

—No sé qué te diga.

—Mira que es un plato muy sabroso.

—Pues acepto.

—Vamos a encargarlo.

—Vámonos allá.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

José Lufiá.—Tu lindísimo dibujito ha entrado en turno para salir en las páginas de mi Revista. A pesar de lo chiquitito que es, me reconozco en él perfectamente. Y eso que es muy chiquitito, muy chiquitito. Abrazos muy efusivos.

Milagros García.—He de repetirte a ti, linda Milagritos, exactamente lo mismo que a otros muchos Pinochistas. ¡No hay forma de reproducir los dibujos que vienen hechos a lápiz! Hay que hacerlos con tinta, si queréis verlos en las páginas de PINOCHO. ¿Verdad que es muy fácil remediar este mal? Abrazos apretadísimos de Pirula.

José Ignacio Barraguer.—Tu magnífico Morronguís y tu magnífico Colorín entran a formar parte de la magnífica colección de dibujos que esperan turno para publicarse. Me han gustado muchísimo. Eres un dibujante estupendo. Colorín, muy agradecido, te envía fortísimos abrazos. Tuyo incondicionalmente.

Lolita Gorostiza.—Tu dibujo es una obra de arte. Está insuperablemente bien. Además, me enorgullece mucho tener una casita tan linda. Las puertas, las ventanas, la chimenea, todo, en fin, lo que figura en ella está hecho a medida de mis deseos. Parece como si poseyeras mis mismos pensamientos. Excuso decirte, queridísima Lolita, que aparecerá en mi Revista tan pronto le llegue el turno. Pirula, Laura, Morronguís, Anita, etc., etc., te envían muchos abrazos.

José Martínez.—Tu amiguito Cañamón se ha llevado el lindo dibujo tuyo tan pronto lo ha visto. Excuso decirte que no lo voy a poder publicar. ¡Mas no es esta la causa! Lo has hecho a lápiz, y así no puede reproducirse. No me he de cansar de repetirlo: ¡hay que hacer los dibujos con tinta! Es una gran lástima que tú, que eres tan formidable dibujante, no tengas en cuenta este detalle tan importante. Espero que en lo sucesivo sí lo tendrás, y me darás

una satisfacción muy grande. Recuerdos de Don Turulato, Currinche, Tin, Ton, Cañamón, etc., etc., etc.

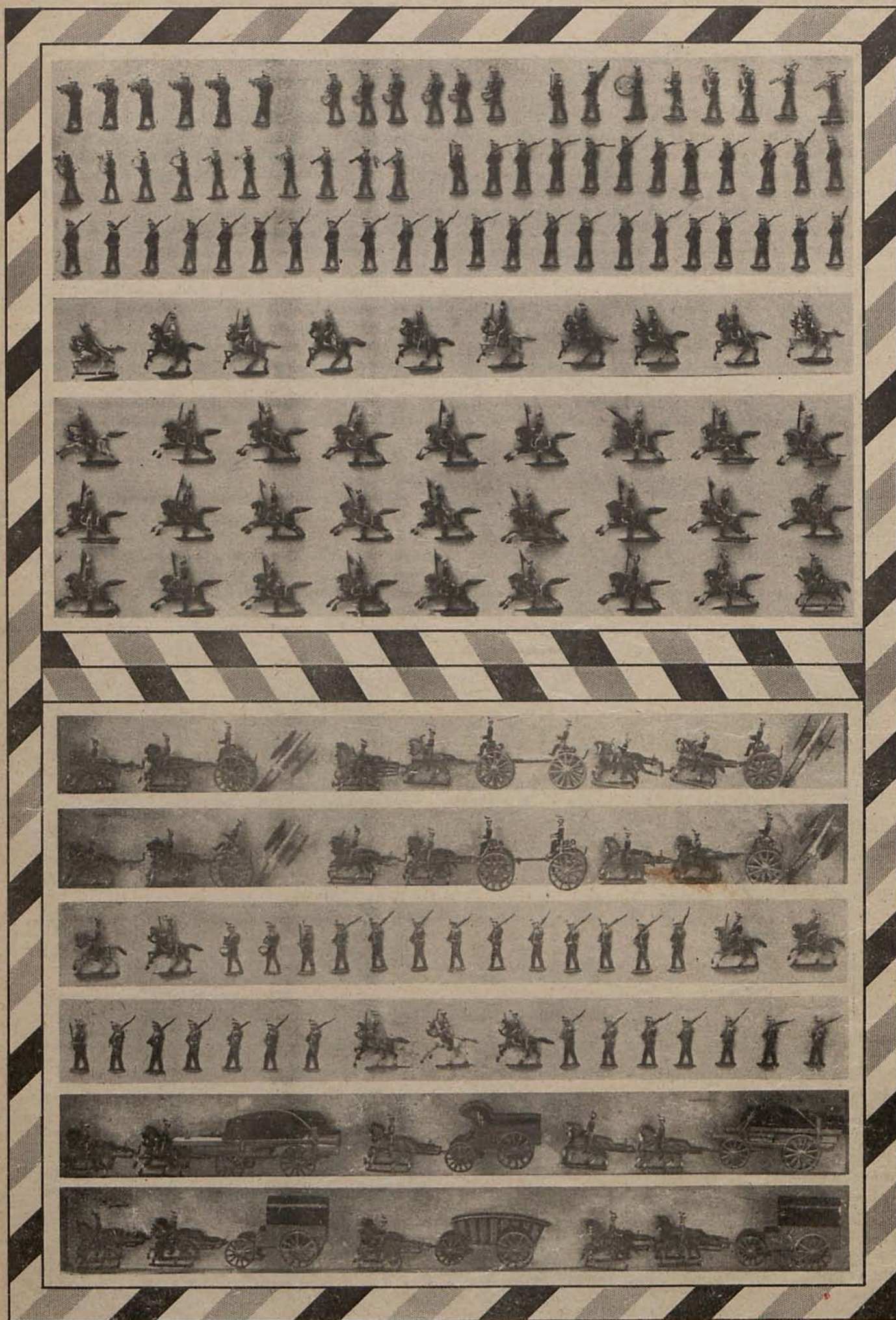
Aurorita Carrasco.—¡Con qué angustia empecé a leer en tu carta que habías estado enfermita, y con cuánta alegría lei luego que ya estabas bien! Pirula, tu gran amiguita, me encarga te diga lo mucho que se alegra, como yo, de que no haya sido nada. Tengo varios y lindos trabajos tuyos que están esperando su turno para publicarse Besos de Pirula, Anita, Laura y Peluchito, y muchos recuerdos de Don Turulato, Colorín, Morronguís, etc., etc.

Pepita Soriano.—No te impacientes, queridísima Pepita, porque no hayan salido aún tus preciosos dibujos. No es mía la culpa, ni está en mi mano el remedio. Ocurrió, y esto yo creo que tú lo supondrás, que hay que atender por igual a todos mis queridos Pinochistas que me envían sus trabajos haciendo uso de un derecho perfectamente reconocido. Los dibujos, cuentos, etc., que se reciben (y que son muchísimos) tienen que ponerse «en la cola» por el orden rigurosísimo en que van llegando. ¿Verdad, simpática Pepita, que ni a ti se te ocurriría pensar colocarte en esa cola en un sitio que no fuera el tuyo? Ni antes ni después que nadie. Cada uno en su sitio. Yo bien quisiera tener un medio para que no tuvieras que esperar, y lo aplicaría a todos para dar gusto a todos, que esa es mi mayor satisfacción. No te impacientes. Recibe apretadísimos abrazos de tus amigas y admiradoras Pirula, Laura y Anita.

Pinocho

DEL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS

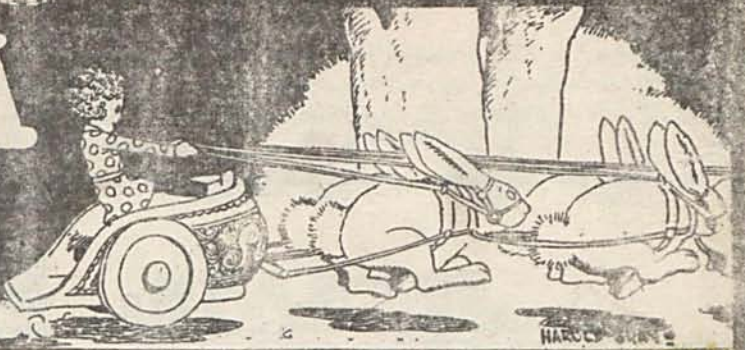
PARA LOS SUSCRITORES DE "PINOCHO"



REPRODUCCIÓN MUY REDUCIDA DE LA MAGNIFICA **CAJA DE SOLDADOS** CON 275 PIEZAS QUE FORMAN EL SEGUNDO PREMIO DEL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES DE **PINOCHO**. LOS SOLDADOS TIENEN 5 CENTÍMETROS DE ALTO CADA UNO

ANITA

BUEN-CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off., Copyright 1936 by The Chicago Tribune

De la estupendísima **SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE** que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo.—Precio: **1,50** pesetas.—De venta en todas las librerías,—La EDITORIAL “**SATURNINO CALLEJA**”, S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, remite a toda España y América esta y todas sus publicaciones a quien se las pida acompañadas de su importe.

I

EL NAUFRAGO



RA de noche, una noche sin luna ni estrellas, noche de tempestad. El viento mugía de una manera espantosa, los truenos retumbaban horrorosamente, caían los rayos a montones y el mar, con todas estas cosas, estaba enfurecido.

Sólo un buque caminaba por la inmensidad del Océano.

Pero no, no estaba solo, porque a poca distancia de él había un bulto agitado por las olas.

De pronto brilló un relámpago, que iluminó la escena. Gracias a esto podemos ver que el bulto es una lanchita, dentro de la que, ¡horror!, hay un hombre que agita desesperadamente los brazos con grandes muestras de angustia.

Gracias al mismo relámpago, el naufrago ha sido visto por los del buque. Y también gracias al mismo relámpago —que, decididamente, no podía ser más oportuno— hemos podido distinguir el nombre del buque y la silueta de sus tripulantes.

El buque lleva escrito en el costado el siniestro nombre *El Chacal*, célebre en la historia de la piratería.

Y sus tripulantes son los terribles pirata negros, «que tienen a Chapete por capitán».

¡Chapete! —exclamaréis, sin duda—. ¿Pero no le dejamos prisionero en la Isla Feliz, expiando sus últimas fechorías? (1).

Sí, allí le dejamos, en efecto; pero, como veis, el infame logró evadirse de la prisión.

¿De qué manera? No me lo preguntéis ahora, por favor; ya veis que apremia el tiempo para salvar al desdichado que está a punto de ahogarse.

Desde el buque pirata lanzan una cuerda y el naufrago se agarra a ella. ¡Respiremos! A los dos minutos el desgraciado se encuentra sano y salvo sobre la cubierta de *El Chacal*.

Chapete contempla la escena fría y duramente. *Voltereta*, más compasivo que su amo, lame las manos al naufrago para infundirle algún calor.

—Reanimarle —ordena el capitán a sus secuaces—; quiero interrogarle cuanto antes para ver si se puede sacar algún provecho de este individuo.

(Como veis, cuando Chapete salvaba la vida a alguien, no lo hacía por bondad, sino por interés.)

Tintinelo corrió en busca de ron, del que había siempre abundante provisión a bordo de *El Chacal*.

En cuanto el licor penetró entre los apretados dientes del naufrago, éste abrió los ojos. El desgraciado tirita de frío.

—Desnúdadle y ponedle ropa seca —ordenó el capitán.

Y mientras Tintinelo traía un traje de marinero, Patapón cogió al naufrago en sus brazos, con la misma facilidad con que vosotros o yo cogemos al gato.

Pero entonces el gigante Patapón lanzó una exclamación:

—¡Recuerdo!

—¿Qué pasa?

—No... no... no es po... po... sible desnudarle.

—¿Por qué?

—Por... por... por...

—¡Mil rayos! —rugió Chapete—. O hablas como es debido o te mando a servir de pasto a los tiburones.

(Bonita manera tenía Chapete de tratar a sus hombres; yo no sé cómo tenían paciencia para aguantarle.)

La amenaza produjo su efecto; el tartamudeo cesó al punto; el coloso pronunció de un tirón esta frase sorprendente:

—No se le puede desnudar, porque la ropa... ¡la tiene pintada sobre el cuerpo!

—¿Qué dices?

—La verdad, mi capitán.

Chapete ordenó, dirigiéndose al naufrago:

—Acércate.

El infeliz avanzó. Su paso era mecánico y singular: andaba sin doblar las piernas. Chapete le contempló fijamente durante unos segundos, mientras lanzaba grandes bocanadas de humo que arrancaba a su gruesa pipa de lobo de mar. Y dijo:

—¿Tú no eres un hombre de carne y hueso?

—No, señor —declaró el naufrago con tono humilde—; soy un muñeco de hojalata.

—¡Hola, hola! ¿Y de qué bazar te has escapado?

—Yo no me he escapado de ningún bazar —dijo el marinero dignamente—; soy un ciudadano libre de la isla de Muñecópolis.

—¿Qué isla es esa?

—Una isla donde todos los habitantes son muñecos, y todas las casas, los árboles, los bichos, todo, todo es de juguete.

Chapete no pudo reprimir un gesto de alegría; su mirada siniestra relampagueó. Permaneció silencioso durante unos segundos; el naufrago le miraba con temor. Tintinelo y Patapón estaban respetuosamente alejados unos pasos, y *Voltereta* le contemplaba con sus melancólicos ojos de botón de bota.

Todos oyeron que murmuraba unas palabras, al parecer desprovistas de sentido:

—Todos muñecos...; estupenda ocasión...; yo, que soy un supermuñeco...

Luego, en voz alta, ordenó resueltamente:

—Vas a conducirnos a esa isla de Muñecópolis.

—Eso es imposible —repuso vivamente el naufrago—. Ningún extranjero penetró jamás en nuestra isla; nadie conoce su existencia. Capitán, pedidme lo que queráis; pero antes que revelaros el sitio donde está la isla preferiría...

—Tú no tienes nada que preferir, miserable —rugió el feroz pirata—; sólo tienes que obedecer y callar o te rompo la cuerda; tan cierto como me llamo Chapete.

—¡¡¡Chapete!!! —gritó el infeliz, cayendo de rodillas al oír este nombre espantoso—. ¡Estoy perdido!

—Si me desobedeces, sí; si acatas mis órdenes, puede que sea generoso y te perdone la vida.

El naufrago, aterrado, inclinó su cabeza articulada sumisamente.

—Mandad, señor —murmuró con una voz que parecía un soplo.

—Vamos a ver: ¿a cuántos grados de latitud se halla y qué meridiano pasa por Muñecópolis?

El naufrago empezó sus explicaciones:

—La isla de Muñecópolis se halla...

II

LA ADMIRABLE ISLA DE LOS MUÑECOS

Amanecía en Muñecópolis.

Bueno; al mismo tiempo amanecía, como es natural, en muchos otros lugares; pero a nosotros no nos interesa ahora otro amanecer que éste.

Generalmente era la hora en que en el barrio obrero —el barrio de los muñecos baratos— empezaba la agitación del día. Los *chauffeurs* y los motoristas de hojalata daban cuerda a sus respectivos vehículos mecánicos y se lanzaban por las calles en busca de parroquianos. Las pastorcitas de madera salían de sus casitas de cartón y conducían sus blancas ovejas a los prados de virutas pintadas de verde que imitaban perfectamente la hierba fresca.

Los polichinelas salían de sus domicilios y recorrían la ciudad tocando los platillos; porque éste era su modo de ganarse la vida.

Las peponas empezaban sus rudas tareas domésticas: barrían, fregaban y guisaban.

Los soldaditos de plomo y los de madera hacían el ejercicio en sus cuarteles, mientras que los polizontes de trapo se colocaban en las esquinas de las calles y en las plazas públicas.

Los habitantes del barrio aristocrático —el barrio de los muñecos caros— solían ser mucho menos madrugadores.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe **CHAPETE EN LA ISLA DE LOS MUÑECOS**, y remitiendo su importe (1,50 pesetas, más 0,75 para gastos) y lo recibirás inmediatamente.



(1) Véase Chapete, invisible.